

Silvia Pérez Coloma

COLEGIO RAIMUNDO LLULIO

Podríamos definir una revolución como el conjunto de actitudes y comportamientos de un grupo de personas ante algún hecho o decisión (social, política o económica) que se querría cambiar. Cuando surge una revolución el conjunto de individuos que la encabezan se unen para defender sus propios ideales ante aquella situación para ellos inadmisibles, retrógrada o demás. Debido a esto se crean unos planes utópicos para conseguir mediante dicha revolución.

De esta manera, la utopía se definiría como algo totalmente idealizado. Literalmente significaría «no lugar» y serían todos aquellos planes que queremos cumplir a pesar de que sean bastante difíciles. De esta manera una sociedad utópica sería aquella en la que todos sus individuos son felices, y las relaciones entre ellos, sanas y pacíficas.

Habiendo definido estos términos, podríamos plantearnos la relación existente entre ellos. ¿Realmente puede cualquiera de los términos cobrar sentido sin el otro?

Pues bien, sin ideales utópicos no se podría realizar una revolución, la cual necesita individuos unidos luchando por unos planes comunes ante alguna situación que cambiar. Esos planes o ideales comunes son utópicos totalmente, ya que dichos individuos no inician una revolución para luchar contra una causa vacía, sino que imaginan una sociedad nueva y beneficiada por los cambios a partir de este momento realizados. Cualquier individuo involucrado en una revolución no podría estarlo sin esos ideales utópicos, que son el motor para iniciar el cambio.

Por otra parte, podríamos plantearnos una cuestión: ¿hasta qué punto esos planes utópicos nos serían «útiles»? Pues bien, la misma definición de utopía afirma que conseguirla es prácticamente imposible. Entonces, ¿de qué sirve luchar defendiendo unos ideales tan difíciles de llevar a cabo? Todo depende de cómo enfoquemos el término.

Podríamos pensar que la utopía es simplemente un pensamiento irremediable propio de nuestra naturaleza, ya que el ser humano, nada conformista, siempre desea cambiar algo sobre sí mismo o sobre los demás. Desgraciadamente, cuando lo consigue, sólo puede pensar en alguna otra cosa que cambiar para poder estar (todavía más) seguro de que el inconformismo y, posiblemente, el egocentrismo, son características propias de cada uno de nosotros.

Enfocando el sentido del término desde un punto más optimista, podríamos pensar en la utopía como el primer paso para conseguir progreso. Si las personas no fuéramos inconformistas, si nos resignáramos a admitir todo lo que se impone para nosotros, entonces no seríamos personas. Nuestra mente, compleja, permite ser utilizada de diferentes formas, y para nada el pensar por uno mismo para conseguir un progreso social se puede convertir en una mala utilización de la misma.

Habiendo encontrado inconvenientes y ventajas de la utopía parece el enfoque positivo ser el más convincente, y el que más se aproximaría a la realidad, siendo la

utopía natural y necesaria. En cambio, si se tienen unos ideales utópicos muy marcados puede ocurrir un gran conflicto, en el que quisiéramos conseguirlos costase lo que costase, y lo cual podría desembocar en una revolución violenta.

Cuando surge una revolución, las personas quieren defender sus ideales y conseguir lo que quieren. Para cada uno de ellos eso tiene mucho sentido y quizá recurren a unos métodos no muy recomendables para conseguirlo. Las revoluciones pueden llegar a ser de lo más violentas y, debido a esto, se crean problemas colaterales, totalmente independientes del objetivo revolucionario en cuestión. En ocasiones, en las revoluciones lideradas por ideales a la vista bastante lejanos, se produce una situación dificultosa en la que los métodos pasan la barrera de lo políticamente y/o lo moralmente permitido. Un gran ejemplo sería la violencia física ante las autoridades o los desperfectos ocasionados para llamar la atención de los demás ciudadanos. ¿Hasta qué punto puedes hacer cualquier cosa para conseguir tu propio beneficio? ¿Realmente tendrían la culpa las personas perjudicadas en el proceso de revolución? Mi opinión es clara, no se puede defender la libertad de expresión o pensamiento anulando la libertad del otro, ya que en ese momento te conviertes en tu propio enemigo, incumpliendo lo que defiendes, y perjudicando al resto.

De esta manera, pensaríamos que las revoluciones pacíficas son las adecuadas para conseguir nuestro objetivo, en este tipo de revoluciones la violencia estaría descartada y la única manera para conseguir nuestra utopía sería mediante actos pacíficos y el diálogo. ¿Es esto posible? Pues bien, quizá en determinados momentos con eso no sea suficiente. Cuando el pueblo se encuentra totalmente oprimido, cuando el pueblo no tiene la voz, cuando los altos cargos ni siquiera se prestan a escuchar sus ideas no habría otra solución que usar la violencia.

Triste y aparentemente extremista, simplemente es la realidad. Estamos acostumbrados a usar la violencia, y si la palabra ni la paz funcionan, tendremos que recurrir a ella.

Esto último, aparentemente paradójico, hace que llegue a la conclusión de que la utopía es imposible de conseguir. Aun siendo la revolución pacifista –y en ningún momento habiendo dicho que las revoluciones no sirvan para nada–, pienso que el problema debe enfocarse pensando en las maneras de llegar a ella, pero sobre todo, pensando si podemos lograrla. Quizá bastante pesimista, mi pensamiento sólo me permite crear un conflicto al dar por hecho que la utopía de unos siempre será la distopía de otros y que, aun pudiéndola conseguir, nunca sería tan perfecta como aparenta. De esta manera, no obstante, pienso que las revoluciones pacíficas (si por alguna razón pudieran llevarse a cabo) serían el mejor procedimiento para intentar conseguir algo parecido a la utopía, pero nunca ella como tal.

Pseudónimo: FRIDA BULSARA